

con el vientre ya más cargado y los segmentos desensados y estirados: otras más todavía, en que sólo se reconocían unas fajas, restos del anillo; y otras, finalmente, que son las que se suspenden con el abdomen esférico ya del todo sin rastro de segmentos, trasparente como un cristal, sin advertirse intestinos u otra materia heterogénea, sino todo trasparente y uniforme. La materia contenida en el abdomen varía, del blanco cristalino hasta el color de vino de Jerez, y me han asegurado que la miel de este último color es de un dulce neto, y que en la otra se distingue una punta de agrio, de lo que no pude certificarme, porque siendo pocos los individuos no quería yo destrozarlos, y porque me pareció que el aguariente debía haber producido en la miel alguna alteración.

Uno de los puntos que deseaba aclarar era el de fijarme sobre el género entomológico á que pertenecía este insecto; y á pesar de mi prevención en contra, confieso que no puedo menos de tenerlo por una hormiga. Su tamaño, en las que tienen enjuto el abdomen, es como el de la hormiga *loca*, ó un medio entre las que llamamos en tierracaliente hormiga *soldado* (1) y la *bischochera* (2),

(1) Entre las muchas hormigas que he visto en Córdoba y sus contornos, una de las más notables es la hormiga *soldado*, que entiendo se encuentra en gran parte del Estado de Veracruz, y es regular la haya también en otros Estados. No sé en qué época ni en qué términos procede este insecto para propagar su especie, pues nunca las he visto salir de hormigueros ni conducir á él la presa, sino que donde mismo la cogen la devoran. En los grandes calores las he encontrado formando á la sombra columnas cerradas de una cuarta de ancho y algunas varas de largo, inmóviles y como descansando, muy arrimadas unas á otras: á veces las he encontrado también en los mismos términos, pasado un aguacero, abrigadas del bosque, y situadas en los pedazos más altos y eminentes del terreno. Es de las hormigas que pican, y dos veces que lo han hecho conmigo en el monte, por no advertir que por allí andaban, sentí un piquete general, es decir, que fueron subiendo por los pies é introduciéndose sin hacer mal, hasta que todas ó casi todas me picaron á un tiempo, como si hubieran recibido una señal para hacerlo. Este animal es verdaderamente feroz, según veremos después, y no debo omitir aquí un hecho que también lo confirma. Acabado de pasar un aguacero encontré las terribles bandas como entumidas, á este tiempo salió el sol despidiendo el fuego propio de la estación de las lluvias, á poco volvieron en sí las hormigas y empezaron á desfilar. En esto me ocurrió dar fuego por varias partes á un gran pedazo de yesca y echárselos, y las valientes hormigas, sin arredrarse con la brasa, la atacaron en términos, que después de retiradas contamos más de ciento entre muertas y estropeadas. En medio de estas circunstancias ¿quién creería que la visita de este insecto en las habitaciones es para el hombre un presente inestimable de la Providencia en las tierras calientes? En efecto, aun antes de llegar á las casas, ya los insectos de que se alimentan presenten su exterminio, y salen á luz mas que sea á medio día: alacranes, toda especie de arañas, centopieds, grillos, cucarachas, y hasta ratoncillos y culebritas, todos se ponen en movimiento y corren aturdidamente; pero sus esfuerzos son inútiles: llega, en fin, el atroz enjambre en una especie de desorden, ó mejor diré, desplegados sus terribles batallones: nada hay que pueda resistir á su inexorable furor, cuanto encuentran allí mismo lo devoran, y concluida la matanza, suben ordenadamente en columnas por las paredes y techos, en busca de los insectos que se han quedado ocultos en sus escondrijos y madrigueras. En poco tiempo registran y dan vuelta á toda una casa, y cuando se retiran es porque ya la dejan limpia. Como no tengo ahora á la vista esta hormiga, no puedo describirla, pero si aseguro que no es la *militaris* de Fabricio. Se me pasaba decir, que estos animales se desordenan y huyen, tomando entre los dedos una tabla y dándole repetidos golpes con un palo como bolillo, es decir, que el tambor que en nuestros soldados arregla y sostiene la marcha, en estos insectos produce el efecto contrario. He visto también en estas tribus guerreras, individuos que se distinguen del resto por su tamaño y color, pero en poca cantidad, lo que me hace sospechar que son las hembras.

(2) La que yo llamo *bischochera*, es una hormiguita muy chicha, de andar lento, abdomen alazán, y más oscuro el tórax y la cabeza. Es la más golosa de las hormigas, y en los países en donde habitan, no hay fruta, dulce ó bizcocho seguro. Muchas veces, en una hacienda de mi hermano, después de haber limpiado muy bien una gran mesa y registrádola con mucha atención, poníamos un bizcocho, y á muy poco ya se aparecían dos ó tres hormiguitas, y tras de éstas millares de millares; tal es la fuerza de su olfato. Me llevaron una vez de Orizaba una canasta forrada interiormente de pabel y llena de bizcochos; no estuvo más que un par de días en la

es decir, de un grandor menos que mediano, su color en el aguariente es pardo negruzco, el ojo chico, las antenas entre los ojos, formando una especie de ángulo en la mitad, ó *quebradas*, como dicen los entomologistas; del ángulo hacia la base parece la antena lisa, pero de allí hasta el extremo parece la antena articulada. El abdomen es pedicelado, oblongo, de cinco anillos, y termina en punta. En las *busileras* que se encuentran suspendidas, el abdomen es, muchas veces, mayor que el animal, y nadando en el aguariente parecen unas botellitas redondas con cuello, que lo forman la cabeza, el corselete, y pies del animal. El abdomen de éstas viene á ser como una grosella grande, ó como un grano pequeño de uva. Yo le he dado el nombre de *formica melligera*, con lo que queda resuelto este problema entomológico; pero en cuanto á lo demás, será preciso que nuevas observaciones lo aclaren y desenvuelvan; y uno de los motivos que he tenido para hablar de este asunto, es el de excitar con ello á los que tengan proporción, para que se dediquen á esclarecer la historia y manejo de este insecto, que á mi ver merece la atención de los entomologistas.

En fin, para no cansar, concluiremos con la enumeración abreviada de sus caracteres.

*Formica melligera*.—Corpore orizæ grano subæquale: capite, thorace, pedibusque, rufidulis, abdomine nigrescenti, antennæ capitæ concoloribus, fractis medietati superiori articulatis. Abdomine, in quodam statu, corpore multoties majori, globoso, pellucido, mele repleto. Habitat subterra, ditone Guanajuatense ubi nomine *busilera* distinguitur, et multis aliis in locis.

México, Julio 21 de 1832.—LLAVE.

**Bustamante.** Municipalidad del Estado de Nuevo León; tiene por límites: al N., Candela, del Estado de Coahuila, y Lampazos; al E. y S., Villaldama y Salinas-Victoria; al O., Mina. Los terrenos de la municipalidad en los cuales se encuentran los cerros de Montañas, Bustamante y Cerritos de San Ignacio, y se hallan regados por el río de Bustamante, afluente del Salado, producen maíz, caña de azúcar, y frijol. La población asciende á 4,545 habitantes, dedicados á la agricultura, ganadería, y vinatería. La municipalidad comprende la villa de Bustamante; 19 congregaciones: San José de la Ganuta, Jesús Santos y Villarreal, Mariano González, Lázaro Menchaca, Jesús Santos, José M.<sup>a</sup> Villarreal, San Rafael, Néstor Guerra, Ruperto Flores, Julián Villarreal, Víctor Santos, Jesús Santos, Guadalupe Santos, Antonio Pérez Villarreal, San Benito, y Catarino Perez; 13 ranchos: La Cruz, Boca, Guillermo Plaza, Alba, Cardo Santo, Infiernillo, Verdura de Flores, Chapote, Guadalupe Villarreal, Agua dulce, Lagunitas, San Ignacio, y Chiquihuitillos.

**Bustamante.** Antes Pueblo de San Miguel de Aguayo, de la Nueva Tlaxcala. Villa cabecera de la Municipalidad de su nombre, Estado de Nuevo León, con 4,151 habitantes. Hállase situada á 130 kilómetros al N. de Monterey.

**Bustamante.** Villa cabecera de la municipalidad de su nombre, 4.<sup>o</sup> Distrito ó sea de Tula, Estado de Tamaulipas. Fué fundada en 26 de Mayo de 1749, siendo primero conocido el lugar con el nombre de Real del Plátano, y después con el de Real de los Infantes. La actual villa se halla situada á 70 kilómetros al N. de la ciudad de Tula. La municipalidad tiene 2,730 habitantes y comprende 27 ranchos: Joya del Quiote, San Francisco, Santa Efigenia, Palomas, San Rafael de Alamos, San Ignacio, Animas, Cardoncita, Loma rasa, Pozas, San Nicolás, San Lorenzo, San Juanito, Tajada,

referida hacienda, y cuando me la remitieron á donde me hallaba, no encontré más que ayudo. Bien es verdad que á las *bischocheras*, en mi juicio, las ayudó otra hormiga mediana, de andar también lento, y color muy renegrido. Como no tengo presentes los caracteres, tampoco puedo decir si estarán ya descritas estas hormigas,

San Vicente, Santa Petronila, San Miguel, Refugio, Javalí, Santa Rita, Santa Lucía, Estanque Roto, Alberquitas, Joya de Santos, Joya Quemada, La Parida, y Joya del Maguey.

**Bustamante.** Rancho del partido y municipalidad de Silao, Estado de Guanajuato, con 72 habitantes.

**Bustamante.** Sitio del partido y municipalidad de Tacotalpa, Estado de Tabasco, con 17 habitantes.

**Bustamante** (D. ANASTASIO.) Uno de los hombres más dignos de figurar en la historia mexicana. Nació el 27 de Julio de 1780 en Jiquilpan, de la provincia de Michoacán. Fueron sus padres D. José Ruiz Bustamante y Doña Francisca Oseguera, establecidos en aquel pueblo y después en Tamazula y Zapotlán el Grande, donde pasó Bustamante sus primeros años. El comercio que tenía D. José era el de llevar nieve á Guadalajara, no contando sino con este escaso recurso para la subsistencia de su familia. Consta, sin embargo, que Bustamante recibió tan buena educación de sus padres, como los hijos de las familias más acomodadas, y que á la edad de 15 años entró en el colegio Seminario de Guadalajara, favorecido por D. Marcelino Figueroa, cura del pueblo de Tuxpan.

Comenzaron con Bustamante sus estudios y fueron sus condiscípulos, entre otros jóvenes de mérito, hasta concluir filosofía, D. Juan Cayetano Portugal, D. Diego García Diego, D. Pedro Ramírez, D. Juan de Dios Cañedo, D. José María Guzmán y D. Francisco Freges, tan notables después por el brillo de su carrera, ya como prelados de la Iglesia, ya como diputados y oradores, ya como misioneros sabios y ejemplares del colegio apostólico de Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas. Todos estos compañeros de Bustamante, y también sus maestros, nos han informado unánimemente que su conducta en el colegio fué irreprochable, y que se distinguió siempre por su buen juicio y por una modestia que realzaba ya el valor que descubría alguna vez y que debía darle tanto nombre en el curso de su vida. Han referido igualmente que tuvo desde entonces una pasión decidida por la milicia, en la cual procuraba instruirse de la manera que podía hacerlo en un colegio puramente literario.

Su aplicación y el empeño de cumplir exactamente cuanto ordenaban sus maestros, le hicieron ocupar en todas las cátedras alguno de los primeros lugares; y basta saber que compitió con talentos tan distinguidos como los que acaban de mencionarse, para advertir que sus facultades intelectuales eran de un orden más elevado, que lo que ha creído después el espíritu de partido, cuando Bustamante ha figurado en el teatro político, confundiéndolas con su timidez habitual en el despacho de los negocios, y con el poco concepto y desconfianza que siempre tuvo de sí mismo. Fué su maestro en filosofía el Dr. D. José de Jesús Huerta, diputado en algunos de nuestros congresos, que sirvió el curato de Atonilco el Alto, del obispado de Guadalajara.

Bustamante había contado también en el colegio con la protección del marqués de Vizcarra, su condiscípulo, de una de las más ricas familias de Nueva Galicia, y que había heredado aquel título por la muerte de su hermano mayor. Concluido el curso de artes vino á México á estudiar y practicar la medicina bajo la dirección del célebre D. Luis Ligner, catedrático de química en el colegio de Minería, y discípulo y amigo del Dr. Montaña. Sin medios ningunos de subsistencia pudo conseguir que se le admitiese en el colegio de dominicos de Portaceli, donde vivió algún tiempo; y se consagró al estudio de su facultad, cursando también la cátedra de química, con la misma constancia que había tenido en el Seminario de Guadalajara. Sus progresos fueron tales, que mereció pronto la estimación no solamente de sus maestros, sino del sabio Montaña y de todos los individuos que componían el protomedicato. Distinguido muy es-

pecialmente por el decano que fué de este cuerpo, Dr. D. José Ignacio García Jove, concluyó su práctica, tuvo su examen y mereció una excelente calificación. Uno de sus condiscípulos y amigos en el estudio de la medicina fué D. Valentín Gómez Farías.

Siendo aún practicante, la enagenación mental de Ligner se reagrávó notablemente; y cuando no tuvo ya esperanza su familia de que pudiera restablecerse, fué necesario llevarlo á San Hipólito. Bustamante, sin vacilar un momento, resolvió asistirlo personalmente, aliviarle sus penalidades, y corresponder así á la estimación y favores que le había dispensado. Tomó con este fin un cuarto inmediato al suyo en el hospital, y sin pensar en otra cosa que en desempeñar bien el deber de gratitud que se había impuesto, no perdonó esfuerzo ni sacrificio para lograr que los últimos días de su maestro fueran menos infelices. Poseído cada día más del afecto que le profesaba, lo acompañó hasta su muerte, excitando en todos una sensación profunda este servicio heroico que él refería con sencillez, y que los amigos que le sobreviven no pueden recordar sin conmoverse y admirarlo frecuentemente.

Parece que por recomendación del Dr. García Jove se le proporcionó una iguala en San Luis Potosí de 500 pesos anuales, que debía pagarle el Ayuntamiento de aquella ciudad, y que con este auxilio y los otros que se le ofrecieron para cuando comenzase á ejercer su profesión, se decidió á radicarse allí, sin embargo de que no prescindía nunca de la curera militar. Sus esperanzas no fueron vanas, porque poco tiempo después de vivir en San Luis mereció la confianza y el aprecio del Ayuntamiento, de las demás corporaciones y de todas las familias principales. Fué nombrado también director del hospital de San Juan de Dios, único que existía entonces en la misma ciudad. Aunque su desinterés era muy grande, y chocaba con su carácter recibir cualquiera recompensa por el ejercicio de una profesión que él consideró siempre bajo el solo aspecto de caridad y beneficencia, llegó á tener una renta considerable y un crédito tal, que fué recibido con mucha distinción en la casa del brigadier D. Félix María Calleja, encargado del mando militar de la provincia. Su esposa Doña Francisca Gándara padecía de la vista, y Bustamante logró restablecerla completamente.

No cumplía 28 años, cuando el estado político de España, y la necesidad de defender este reino, le proporcionaron satisfacer de algún modo su inclinación á la carrera de las armas. Habiéndose sabido en 1808 la prisión de Fernando VII, y los demás sucesos de la Península, se formó un cuerpo del comercio en San Luis, compuesto de los jóvenes de las primeras familias, y Bustamante fué nombrado uno de sus oficiales, habiendo servido en él, aunque sin abandonar su profesión, hasta Setiembre del año de 1810.

Reunidas las tropas que pudo levantar Calleja en la hacienda de la Pila, inmediata á San Luis, luego que supo el grito de Hidalgo en Dolores, y decidido aquel general á emplear á los oficiales más capaces de servir al gobierno, ocupó á todos los del cuerpo de voluntarios formado en 1808, considerando muy particularmente á Bustamante, como era natural, á quien nombró teniente del regimiento de San Luis, que tuvo por coronel al marqués de Guadalupe Gallardo, y fué tan memorable en aquella revolución. Bustamante no era cirujano del cuerpo como se ha creído generalmente, ni podía serlo tampoco, porque la cortedad de vista no le permitió nunca ejercer la cirugía. Consagrado desde entonces á la carrera militar, abandonó una profesión que le proporcionaba recursos bastantes para vivir, y estimación y crédito; y no es fácil explicar cómo un hombre tan humano, tan modesto, y que nunca tuvo ambición de mando ni aun de gloria militar, pudo decidirse tan ardentemente por las armas, y cambiar su antigua carrera por otra,

que atendidas las circunstancias y el carácter con que comenzaba la guerra, no podía dejar de mancharse con crímenes horrorosos y con todos los desastres de una lucha obstinada y sangrienta. Pero nadie ha dudado que Bustamante se unió, como otros muchos mexicanos, al partido del gobierno por un profundo convencimiento, ni que las excelentes prendas de su alma jamás se rompieron en los once años que duró la insurrección.

Bustamante se halló en todas las acciones del ejército del centro, mandado por Calleja, habiéndose distinguido siempre no sólo por el buen nombre y el valor de que dió tantas pruebas el regimiento de San Luis, sino por la preferencia con que era considerado entre los jefes y oficiales de este cuerpo, por su serenidad y bizarría, y más aun por la moderación que guardaba con los vencidos. En Aculco, Guanajuato y Calderón, que fueron los nombres que formaron el lema del escudo que se concedió á todos los individuos de aquel ejército, excedió las esperanzas que había hecho formar, y entre todos los jefes superiores gozaba ya de una reputación que le habría sido muy útil para avanzar en su carrera, si hubiera tenido algún estímulo de engrandecimiento ó provecho personal. Aunque subalterno, su opinión era respetada al dictarse las disposiciones militares, principalmente tratándose de la caballería, destinada por la extensión del país y la clase de guerra que habían emprendido los insurgentes, para los ataques más decisivos é importantes.

Después de la entrada triunfal del ejército del centro en México, se concedió á Bustamante, como á todos aquellos jefes y oficiales el empleo inmediato, y ascendido á capitán se halló en 1812 en el sitio de Cuautla, tan glorioso para los insurgentes, y que engrandeció el nombre de Morelos. Habiendo sabido Calleja que éste había salido de Cuautla y tomado el camino de Ocuilco, pueblo situado al pie del volcán, comisionó á Bustamante, comandante de las guerrillas, para perseguirlo; y ciertamente le habría dado alcance sin la heroica resistencia de la escolta que lo acompañaba, la cual, defendiéndolo con denuedo extraordinario, le proporcionó el tiempo preciso, aunque á costa de las vidas de casi todos los que la componían, para ponerse en salvo. La historia de este sitio nos refiere los sentimientos y conducta de Bustamante, que impedía excesos y acciones deshonrosas á que se entregaban muchos de los oficiales y soldados de las tropas del gobierno, habiendo dado repetidas pruebas de que en medio de aquellos desastres nada había perdido de su natural sensibilidad. Sin avergonzarse de su antigua profesión, que siempre la consideró como una de las más nobles y propias de los pueblos cultos, era para él una verdadera satisfacción poder emplear alguna vez sus conocimientos en la medicina en beneficio de los heridos, acreditando así que veía con horror la conducta cruel y bárbara de algunos de sus compañeros de armas, y que su principal deseo era conservar ileso el concepto que disfrutaba de valiente y humano.

Un cuerpo tan acreditado como el de San Luis, debió destinarse siempre á los puntos y lugares más peligrosos ó á las expediciones más serias de aquella campaña. Bustamante mandó muchas de ellas, y después fué destinado para sofocar la guerra encendida en los Llanos de Apan, donde los insurgentes manifestaron tanto valor todas las veces que tuvieron que combatir con las fuerzas del gobierno. Pudiendo disponer de una caballería numerosa y escogida, y dirigidos por hombres que creían que la superioridad de la fuerza física y el manejo del caballo eran preferibles á la disciplina de las tropas reales, que apenas podían contar en los Llanos con algunos escuadrones, hacían prodigios de valor personal, y fué ya indispensable que el gobierno los atacase también con la misma arma, en que sobresalían tan notablemente. A mediados de Abril de 1815, estando amena-

zada por Osorno la guarnición de Apan, el comandante español D. José Barradas emprendió su marcha desde San Juan Teotihuacán para auxiliarla; y habiendo recibido Osorno la caballería que le proporcionaron Espinosa, Serrano, Inclán y otros jefes insurgentes acreditados de aquel rumbo, se vió obligado Barradas á sostener una acción cerca de Nopaltepec, con fuerzas tan desiguales, que quizá habría sido hecho prisionero, ó rendídose á discreción, sin la intrepidez de Bustamante, quien sin embargo de haber recibido una herida en el muslo izquierdo al comenzar el ataque, lo sostuvo por muchas horas, habiendo facilitado así á la infantería que se retirase, como lo hizo, á Teotihuacán. La caballería de Bustamante apenas sería una tercera parte, comparada con la de los insurgentes, que pudieron reunir más de mil caballos. Barradas, al comunicar al virrey esta acción desgraciada, recomienda el valor de Bustamante, llamándolo "el nunca bien ponderado Bustamante," y es de notar que aquel jefe era uno de los españoles mas opuestos y que menos justicia podían hacer á los mexicanos.

Habiendo recorrido Bustamante diversos lugares de la República, ya como comandante de alguna sección, ya como subalterno de alguno de los principales jefes del Gobierno, fué destinado con su cuerpo en Agosto de 1817 al ejército que se puso á las órdenes del mariscal de campo D. Pascual Liñán, para reprimir la invasión que había hecho por Galveston el célebre general español Mina. En el fuerte del Sombrero fué necesario para rendirlo, impedir á los sitiados que tomasen agua de un arroyo que corría á alguna distancia del cerro donde estaba establecido el fuerte: Bustamante fué el principal comisionado para esta operación, sin la cual era imposible que el sitio tuviera un éxito favorable, porque además de las ventajas naturales que tenían los sitiados, reinaba entre ellos un entusiasmo y una decisión tan grandes para defenderse, que sin la cooperación de Bustamante se habrían frustrado todas las combinaciones de Liñán, á pesar de la bizarría con que en toda esa campaña se condujeron las tropas reales, y su superioridad numérica y de recursos de todas clases. Ni una sola vez pudieron los sitiados tomar el agua; y lo que se refiere sobre el valor de Bustamante y la resistencia que opuso, apoyado también por Villaseñor, comandante de los dragones de Sierra Gorda, á las secciones disciplinadas de Mina, destinadas para desalojar la caballería situada á la orilla del arroyo, es verdaderamente extraordinario. Los jefes de Mina tuvieron que abandonar el fuerte, y este resultado se debió principalmente á Bustamante, que les impidió proveerse del agua de que carecían.

Hecho prisionero Mina en el rancho del Venadito, y fusilado en el cerro del Bellaco, después del ataque que dió sin éxito á Guanajuato, la defensa que hicieron los insurgentes en el fuerte llamado de los Remedios fué muy honrosa, pareciendo que los compañeros de Mina redoblaban sus esfuerzos y su valor para reparar aquella desgracia. Frustradas todas las combinaciones de Liñán, resolvió al fin un asalto general, al que debían concurrir también desmontados los dragones más bizarros de aquel ejército. Bustamante mandaba la primera columna de 150 hombres de San Luis, y en el asalto se distinguió tanto, que fué uno de los primeros que llegaron á las baterías del fuerte, habiendo recibido una herida en la mano izquierda. Rechazados los sitiadores, y muertos cerca de 40 oficiales y 400 soldados, Bustamante conservó en la retirada su serenidad, mereciendo los mayores elogios de los jefes de los cuerpos españoles expedicionarios que concurrieron al asalto. Obligados después á salir del fuerte los insurgentes, por no haber podido entrar en el cerro de San Gregorio, donde estaba situado el convoy de víveres, sin el cual era imposible que permaneciesen por más tiempo, Bustamante, como jefe de la caballería los dispersó enteramente, habiéndolo-

se concluido con la toma de los Remedios y esta dispersión, la gloriosa y memorable expedición de Mina.

Quedaban todavía en la provincia de Guanajuato algunos jefes insurgentes, notables por su valor personal, y los cuales, aunque no podían poner en peligro á ninguna población de importancia, eran temibles por sus excursiones. Bustamante, con una sección volante que tenía á sus órdenes, pacificó la provincia, habiendo sido muy famosa la acción dada en la hacienda de Guanímoro, en que destruyó las fuerzas que habían reunido el padre Torres y el americano Wolff, que fue muerto en la acción, así como otros compañeros suyos que pelearon valerosamente. El encuentro que pocos días después tuvo Bustamante con el célebre Andrés Delgado, llamado el Jiro, tan conocido por su bizarría para resistir á las tropas disciplinadas del Gobierno, y que fué muerto también en la retirada por el alferéz de San Luis Don José María del Castillo, acabó de pacificar la provincia de Guanajuato.

El valor de Bustamante era conocido, y se hablaba de él con grande entusiasmo en todo el reino. Sin embargo, constante en su sistema de desinterés, y conforme con lo que se le había dado, nada pretendía, ni en nada importunaba tampoco al Gobierno con exposiciones en que se figurasen servicios que no se habían prestado, como era costumbre entre los jefes de las tropas reales, mexicanos ó españoles. Puede asegurarse, que sin embargo de las relaciones que tenía con Calleja, y de la estimación que éste hacía de su valor personal, no le escribió nunca una carta, ni lo molestó tampoco con una pretensión. Así es, que una carrera tan distinguida, realzada notablemente por su integridad y moderación, no le proporcionó sino el empleo de capitán y los simples grados de teniente coronel y coronel, que aunque no comunes en aquella época, principalmente el último, que se le confirió después de evacuado el fuerte de los Remedios, no podían ser ni aun bajo el sistema que había adoptado el Gobierno, premio de un mérito tan extraordinario.

A Bustamante lo designaban todos como el único coronel digno de mandar el regimiento de San Luis; y entre tantos oficiales valientes de aquel cuerpo, Fieles del Potosí, Sierra Gorda, San Carlos y Moncada, como Echávare, Amador, Barragán, Parres, Cortazar, y Miota, el nombre de Bustamante era el primero que se citaba siempre, sin que nadie tuviera la presunción de creerse ofendido por esta preferencia. Pero nada le honraba más, que el que se comenzase á hablar de él como uno de los jefes que servirían mejor á su patria, cuando se vislumbraban los proyectos de independencia que andando el tiempo pudieran formarse. De paso, debe decirse que fué muy vulgar el juicio que el espíritu de partido quiso generalizar después, no reconociendo en Bustamante sino un valor temerario, ajeno de un jefe instruido en la ciencia militar, y más propio de un simple soldado. Los hechos desmienten completamente esta suposición, porque ni Bustamante comprometió nunca con imprudencia ningún lance, ni dejó de obrar con circunspección y conforme á las reglas de la estrategia en las acciones en que se encontró, ni era posible tampoco que un hombre de su carrera, y que no perdía nunca su serenidad, se precipitase á todos los peligros con un valor ciego que desvirtuase las cualidades de que deben estar dotados los oficiales superiores.

Terminada la insurrección por la política acertada y humana del virrey, conde del Venadito, Bustamante se hallaba en la hacienda de Pantoja, inmediata al Valle de Santiago, como comandante de la sección de operaciones de todo aquel Distrito, habiéndose conducido con tanta prudencia, que extendió el virrey su mando militar hasta el de Pénjamo, que mandaba el coronel del Infante D. Carlos, Márquez Donallo, que fué relevado. En 1820 se juró la Constitución española, y comenzó á ha-

blarse más seriamente de independencia, aunque con el temor que inspiraba la guerra desastrosa que había concluido, y la caída de un gobierno tan humano como el de Apodaca. Ya se ha hecho observar por varios escritores cuán natural debía ser la variación de conducta de los jefes mexicanos que habían servido al Gobierno, luego que uniformada la opinión pública y concebido un plan que pusiera en armonía todas las clases y todos los intereses, considerasen como un bien y como una necesidad el grito de independencia. Iturbide, que tenía formado ya el de Iguala, y que conocía y estimaba tanto el mérito de Bustamante, comisionó al capitán D. Francisco Quintanilla, del regimiento de Celaya, para que le instruyese de todo, como lo verificó, habiendo convenido Bustamante, que admiró toda su vida el plan de las tres garantías, en obrar de acuerdo con Iturbide, y organizar la revolución en la provincia de Guanajuato. Bustamante confió el secreto á su secretario D. Francisco Ponce de León, que ha sido después general de la República, y ambos acordaron los pasos que debían darse para corresponder á la confianza de Iturbide, y precaver toda resistencia de parte del comandante general de la provincia D. Antonio Linares. Con este fin habló Bustamante á D. Luis Cortazar, capitán del regimiento de Moncada; y sabiendo que salía de Pénjamo el coronel D. Luis Quintanar á encargarse de la comandancia general de Valladolid, por haberse separado de ella el de igual clase D. Matías Martín de Aguirre, nombrado diputado á las Cortes de España, le salió al encuentro en la estancia de Zurumato, y tuvo con él una larga conferencia, en la que, aunque no logró que se decidiese por el plan de Iturbide, sí lo dejó convencido de que no podía demorarse por más tiempo el grito de independencia. Bustamante regresó por Puruándiro, comenzó á hablar y ponerse de acuerdo con algunos de los oficiales de los destacamentos militares, que conforme al sistema del gobierno virreinal estaban situados en los lugares de mayor comunicación y de mayor importancia, y se preparó á todas las dificultades que podían oponerse luego que se supiese en el Bajío el plan de Iguala. Es probable que por alguno de los oficiales á quien descubrió Bustamante el secreto de la nueva revolución, tuvo noticia el virrey de que estaba dispuesto á adherirse á ella, pues previno á Linares, después de haber sabido los sucesos de Iguala, diese orden al coronel Pesquera, comandante de Puruándiro, para que tomara inmediatamente el mando de la sección de Bustamante; pero éste, que pudo interceptar el pliego de Linares dirigido á aquel jefe, ordenó á Cortazar que se pronunciasen inmediatamente en el pueblo de los Amoles y ocupase á Celaya, habiendo prevenido también al comandante militar del Valle de Santiago que no obedeciese las órdenes del general de la provincia ni de ningún otro jefe, que no fuesen por su conducto. Bustamante proclamó la independencia el 19 de Marzo en la hacienda de Pantoja, componiéndose su fuerza de la sección que tenía á sus órdenes, y de la del regimiento de San Carlos al mando del capitán D. Juan Capistrano. Se ha dicho siempre que el pronunciamiento de Bustamante fué en el Valle de Santiago, porque en efecto, allí se hizo la proclamación del plan con mayor solemnidad, y con otras fuerzas que se le unieron de los destacamentos más inmediatos.

Bustamante ocupó á Celaya pocas horas después de la entrada de Cortazar, el 19 de Marzo; y puesta toda la fuerza que había en ella á su disposición, pasó á la casa del comandante general de la provincia, Linares, que se hallaba allí, para ofrecerle el mando de las fuerzas independientes, el cual le correspondía por su graduación superior; manifestándole que proclamada por el primer jefe la unión, no debía extrañar que se le hiciera aquel ofrecimiento, que era tan sincero como desinteresado, supuesto el favor con que se había acogido el plan de independencia. Linares se resistió, salió de

Celaya para Querétaro, y fué tratado con las mayores consideraciones. Bustamante marchó después para Guanajuato donde entró sin resistencia, procuró persuadir al intendente Marañón que tomase parte en la revolución, y ordenó que los restos de los primeros patriotas que se hallaban expuestos en la alhóndiga de Granaditas á la espectación pública, se sepultasen en el panteón de San Sebastián.

El concepto que tenía el Gobierno sobre la influencia que ejercía Bustamante en los principales cuerpos de caballería que se hallaban repartidos en las provincias de Guanajuato y San Luis era tal, que luego que supo que había proclamado el plan de Iguala, consideró como perdidas aquellas provincias. En efecto, todas las secciones de los mismos cuerpos que cubrían los puntos militares más importantes, se unieron á Bustamante, habiéndose separado de la obediencia del gobierno virreinal en menos de quince días la fuerza principal con que había hecho la guerra á los insurgentes en todo el interior. Iturbide designó desde luego á Bustamante como el segundo caudillo de aquella campaña, le confirmó en el mando de todas las tropas que se hallaban en la provincia de Guanajuato; y arregladas todas las operaciones militares, salió de Salvatierra á mediados de Abril, y Bustamante le acompañó para la célebre conferencia que tuvo con el general Cruz en la hacienda de San Antonio entre Yurécuaro y la Barca. Desde entonces comenzó á manifestar Iturbide una decisión tan grande por Bustamante como lo era la adhesión de éste á su persona, y la fidelidad y exactitud con que cumplía todas sus órdenes. Después de la conferencia de S. Antonio, fué nombrado Bustamante jefe de toda la caballería destinada para el sitio de Valladolid, adonde se dirigió el primer jefe con un ejército respetable con el fin de dar á la campaña la regularidad posible y no ocuparse de la rendición de Querétaro y San Luis, en las cuales se hallaban los cuerpos expedicionarios de más nombradía, sino cuando generalizada la revolución en la provincia de Michoacán y tomada su capital, fuera imposible al Gobierno sostener las otras, privadas de toda clase de recursos y comunicaciones con México.

Bustamante, con la sección que puso á sus órdenes el primer jefe, después de la capitulación de Valladolid, auxilió á la del coronel Parres para la ocupación de San Juan del Río, guarnecido por 600 hombres al mando del coronel español Novoa. Después se movió para S. Luis de la Paz, para proteger á Echávarri, comisionado por el primer jefe para atacar los cuerpos expedicionarios de Zaragoza que marchaban de San Luis Potosí á Querétaro, con el objeto de reunirse con el brigadier Luaces y defender la ciudad, amenazada por el grueso del ejército independiente mandado por Iturbide. Como Bustamante nunca fué ambicioso y se complacía en que otros tuviesen la gloria á que él podía aspirar, no quiso recibir el mando que le correspondía de las fuerzas destinadas contra Bracho y San Julián, que le cedía Echávarri; pero éste correspondió á una acción tan generosa, manifestando francamente al primer jefe en el parte que le dirigió, que para todas sus operaciones y rendir á discreción aquellas fuerzas del Gobierno, había procedido de acuerdo y esperado la aprobación de Bustamante.

Ocupada después Querétaro por el primer jefe, y habiéndose dirigido de allí por Toluca y Cuernavaca para Puebla, Bustamante organizó toda su división y la hizo avanzar por Arroyozarco hasta las inmediaciones de la capital, para estrechar el sitio de ésta, en combinación con las otras que se iban aproximando conforme á las órdenes que habían recibido. Las fuerzas que mandaba Bustamante eran sin duda las mejores del ejército independiente, sobre todo la caballería, compuesta de los regimientos más acreditados del interior. Su conducta, sus operaciones militares y todo cuanto hizo para inutilizar los esfuerzos del gobierno virreinal, que procuraba

con algunas divisiones volantes impedir la aproximación de las tropas independientes, merecieron la aprobación del primer jefe, no sólo bajo el aspecto de guerra sino también bajo el político, pues Bustamante, penetrado bien de lo que importaba el plan de Iguala, ni quiso nunca provocar una acción, ni mucho menos faltar á la generosidad que tanto había recomendado Iturbide como el principal fundamento de la unión entre españoles y mexicanos.

No pudo, sin embargo de estos sentimientos favorables, evitar la acción de Atzacapotzalco originada del entusiasmo del capitán D. Nicolás Acosta, uno de sus ayudantes. Situado Bustamante con todas las fuerzas de su mando en las haciendas de Careaga, del Cristo y Echegaray, inmediatas á aquel pueblo, Acosta empuñó un tiroteó con una pequeña partida de la división española situada en Tacubaya, que había salido á reconocer el campo de los independientes. Bustamante luego que supo esta ocurrencia se movió para auxiliarlo con una sección considerable de sus fuerzas; y cuando se retiraba con Acosta que estaba herido, fué atacado por la mayor parte de la división española, sin embargo de que el volver Bustamante á su campo indicaba bien claramente que no quería comprometer un lance en circunstancias en que estaba terminada la revolución y próxima la ocupación de la capital. Pero no permitiéndole en aquellos momentos ni el honor militar ni el entusiasmo de sus tropas continuar su retirada, cargó sobre los españoles con tal denuedo y bizarría, que sin embargo de lo difícil del terreno, embarazado con zanjas y sembrados, tanto más impracticable cuanto mayor había sido la abundancia de lluvias en aquel año, los hizo retroceder, causándoles una gran pérdida, y en tal confusión y desorden, que no habrían podido salvarse sin la defensa que les proporcionó el pueblo de Atzacapotzalco, donde se pudieron situar ocupando la iglesia y los edificios inmediatos. Aunque allí se continuó la acción, que más bien tuvo ya por objeto librar una pieza de los independientes que se había inutilizado, que desalojar al enemigo de sus posiciones, Bustamante creyó que debía volverse á su campo, habiendo hecho lo mismo las tropas españolas, que retrocedieron también para Tacuba, donde tenían su cuartel general. Esta acción, en que murió el célebre Encarnación Ortiz, tan conocido en la guerra de insurrección como el primero de los "Pachones," hizo mucho honor á Bustamante, así por las disposiciones acertadas que dictó para organizar sus fuerzas en los momentos de ser atacado por los españoles, como por la valentía con que obligó á retirarse á la división más brillante que había podido reunirse de los cuerpos expedicionarios hasta Atzacapotzalco, venciendo los obstáculos del terreno, que parecían insuperables. Mandó á los españoles en esta acción el teniente coronel del Infante D. Carlos, D. Francisco Buceli, principal promovedor de la prisión del virrey conde del Venadito.

Dividido todo el ejército independiente en los cuatro de vanguardia, centro, retaguardia y reserva, fué nombrado Bustamante segundo de Luaces, general en jefe del centro, que se había adherido ya á la revolución, y aceptó este mando subalterno, sin embargo de sus eminentes servicios, con toda la modestia que caracterizaba su alma, apreciando debidamente el plan profundo del primer jefe que subordinaba todo al principio de unión que había proclamado, y al noble desinterés que habían manifestado todos los jefes independientes en aquella campaña.

Antes de ocuparse la capital fué nombrado por el primer jefe miembro de la Junta provisional gubernativa, y como tal firmó el acta de independencia. La regencia lo nombró después mariscal de campo, empleo que sólo se confirió á Quintanar, Guerrero, Sotarriva y Luaces, y capitán general de las provincias internas de Oriente y Occidente, que formaron uno de los cinco distritos militares en que fué dividido entonces todo el territorio.

En los primeros días de Abril de 1822, el regimiento de Ordenes que se hallaba en Texcoco, mientras se proporcionaban buques en que pudiera embarcarse, en combinación con el de Castilla, situado en Cuernavaca, y excitado también por las sugerencias del general Dávila que permanecía en San Juan de Ulúa y creía posible un cambio, intentó una reacción que, aunque temeraria, porque no contaba con otros elementos que las desavenencias que se encendían diariamente entre Iturbide y el Congreso, y la esperanza de que todos los partidarios del régimen español lo auxiliasen, tenía en su favor la decisión y bizarría de aquellos oficiales, dispuestos á sacrificarse con tal de que su intento se pudiera presentar con todo el brillo y patriotismo que correspondía á las tropas expedicionarias fieles á Fernando VII. Bustamante que fué nombrado, y Echávarri como su segundo, para hacerlos rendir á discreción, marchó inmediatamente á Juchi adonde había llegado aquel cuerpo, con el fin de reunirse con el de Castilla. Aunque Iturbide había prevenido que saliesen los granaderos imperiales y otras fuerzas de que debía disponer Bustamante, que había emprendido su marcha con menos de 400 caballos, éste no quiso esperar que llegasen para atacar al regimiento de Ordenes, temiendo que entre tanto se le incorporase el de Castilla. El primero había salido de Juchi á tomar una posición dominante en las lomas inmediatas; y cuando creía estar así asegurado contra toda agresión de Bustamante, de quien no podía ni sospechar siquiera que intentase un ataque sin infantería, lo vio avanzar con tal intrepidez, que no pudo ya ordenar el jefe que lo mandaba las maniobras necesarias, porque en pocos minutos estaban ya cortadas las columnas del regimiento, y en tal confusión, que se vieron obligadas á rendirse sin poder pedir una honrosa capitulación. La circunstancia de no haberse reunido con el regimiento de Ordenes el de Castilla, y el corto número de muertos que hubo de una y otra parte, ha inducido á algún escritor á pensar que el triunfo que obtuvo Bustamante fué más bien el resultado del aislamiento en que se encontraban los españoles, y de haberse frustrado su combinación, que del valor de las tropas mexicanas. La resistencia en efecto no pudo ser de larga duración, y la empresa de aquellos oficiales desesperada; mas, sin embargo, la intrepidez de Bustamante al acometer con la caballería sola á un cuerpo situado ventajosamente en un terreno elevado, y á las órdenes de oficiales tan valientes como los de aquel cuerpo, siendo quizá menor el número de los caballos de Bustamante que el de los infantes que atacaba, han dado siempre á esta acción un mérito tan grande que es una de las primeras de las que ilustran la vida de aquel general. La habilidad y el valor muchas veces desarmaron toda resistencia, y no es racional suponer que por la prontitud con que se ha alcanzado una victoria haya sido menos gloriosa. Bustamante, al regresar á la capital con los vencidos, se condujo con la mayor nobleza y moderación, proporcionándoles cuantas comodidades fueron posibles, y precaviendo toda clase de insulto á su desgracia. Iturbide hizo una encañecida recomendación de este nuevo servicio á la regencia, proponiendo á Bustamante para que se le confiriere, luego que se instalase, la gran cruz de la orden de Guadalupe.

Disgustado en extremo Bustamante del curso que tomaban las cosas políticas, pero siempre fiel á Iturbide, permaneció en la capital pero sin tener parte ninguna en el gobierno, despachando los negocios más graves de las provincias internas, y esperando el desenlace de la crisis violenta en que se encontraba el país por la oposición entre el Congreso y el emperador. Nombrado Sotarriva ministro de Guerra, había desempeñado también interinamente la capitania general de México. Iturbide confiaba mucho en Bustamante, y no quería que se separase de su lado por considerarlo necesario y el más á propósito para defender al imperio, al cual ame-

nazaban incesantemente, no sólo la tacción escocesa, sino todos los que profesaban ideas liberales y republicanas, formando estos bandos políticos una coalición poderosa que contaba con el favor de la novedad y de la fuerte excitación de los espíritus en aquella época. Cuantos han escrito imparcialmente sobre la caída de Iturbide, y aun muchos de sus enemigos personales, están conformes en la opinión de que si hubiese seguido los consejos de Bustamante que le instaba para ponerse á la cabeza de las tropas que permanecían fieles, y marchar inmediatamente á Puebla y Jalapa, se habría unido á él el ejército que se tituló "libertador," proclamando con engaño el plan de Casa Mata, y creyendo que subsistiría el imperio, y que la persona del emperador sería respetada.

La política del Poder Ejecutivo, y la alianza de los antiguos insurgentes con los liberales y republicanos contra Iturbide, repugnaba tanto á Bustamante, que proclamó con Quintanar en Jalisco el sistema federal, como un medio de facilitar la vuelta del emperador. Ese era el deseo también de toda aquella provincia y de otras muchas de las principales que no estaban conformes con la obediencia al gobierno establecido. Sin haberse preparado para un ataque formal ninguno de los dos generales mencionados, y sin decidirse á manifestar claramente sus ideas, se colocaron en una posición falsa, y tuvieron que deponer su actitud hostil, aunque bajo las garantías de una digna capitulación convenida con el general Bravo que mandaba las tropas del gobierno destinadas para ocupar á Guadalajara. La capitulación no se cumplió, y los generales fueron confinados á Acapulco para que saliesen después para la América del Sur. La muerte de Iturbide, la opinión exacerbada contra el Poder Ejecutivo, y el cambio próximo de gobierno, no permitieron que se ejecutase aquella providencia, y Bustamante regresó á México, permaneciendo adicto al partido federalista en odio del escocés, al cual pertenecían los enemigos más notables de Iturbide. El gobierno de Victoria le confirió de nuevo el mando militar de las provincias internas, que desempeñó ya con el carácter de general de división, que fué el grado supremo del ejército conforme al nuevo arreglo propuesto por el Poder Ejecutivo. Y los servicios que prestó al país en aquel puesto por algunos años, así para reprimir las incursiones de los bárbaros, como para la seguridad de nuestra frontera que recorría incesantemente, fueron muy importantes.

Bustamante recordaba con sentimiento, asombrándose siempre del predominio que ejerce en los hombres la guerra civil, haber entrado en la sociedad masónica de los "yorkinos" por el solo motivo de que eran los contrarios de los escoceses. De un carácter tan serio, y tan enemigo por otra parte de aquellas farsas, y de las intrigas que se promovían y chocaban tanto con sus hábitos de orden y con su juicio y circunspección, cuando refería su entrada y recibimiento en la gran loggia establecida en la capital, consideraba esta falta como la más grave que había cometido en su vida, disculpándose, sin embargo, con la necesidad á que lo arrastraron los escoceses por su aversión al jefe ilustre de la independencia.

La revolución de la Acordada, á fines de 1828, imposibilitó al Gral. Gómez Pedraza de ejercer la presidencia de la República; y el nuevo Congreso que se instaló en 1829 declaró insubsistentes los votos que había tenido de la mayoría de las Legislaturas, y eligió al Gral. Guerrero, presidente, y á Bustamante vicepresidente. Con este carácter vino el último á la capital, y permaneció en ella hasta que la invasión española obligó al gobierno á situar en Jalapa un ejército de reserva, cuyo mando en jefe se confirió á Bustamante. Es necesario no olvidar que la administración de Guerrero, cualesquiera que fuesen los servicios y buenas intenciones de éste, y de algu-